

za sacó Italia su independencia respecto al Austria, y de la derrota de Mentana acababa de sacar su independencia respecto á Francia. Por eso la extrema izquierda dejara al partido conservador el triste encargo de proclamar el derecho á Roma, y no ir á Roma, reservándose el recoger el mando cuando sea hora de ir á Roma, aunque pasando por el incendio de una guerra universal. ¡Caso raro! De todas las disidencias últimamente ocurridas en Europa, ha sacado Italia, por su exquisita habilidad, esa virtud de los débiles, una parte de su territorio. Sacó de la guerra entré las potencias occidentales y Rusia el derecho de sentarse en el Congreso europeo, y convertir la cuestion de Oriente en la cuestion de Italia. Sacó de la guerra entre Austria y Francia, la Lombardia; sacó de la guerra entre Prusia y Austria el Véneto. Ahora esperaba sacar de la guerra entre Francia y Prusia, Roma. Lo cierto es que se armaba hasta los dientes, y que podría poner en línea de batalla hasta doscientos mil hombres. Mientras tanto el Papa, que debia levantar la conciencia moral del mundo moderno, que debia tener en sus manos el ideal de la moralidad absoluta como una hostia consagrada al Eterno, que debia ser el sacerdote de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, si quisiera continuar la educacion del mundo comenzada por el Evangelio, lleva su blanco ropaje manchado de sangre, y no la ve; bendice á los verdugos en vez de bendecir á los mártires; se va con los Césares, en vez de irse con los Apóstoles; y cree que el mundo se salvará por el fusil de aguja, cuando el mundo solo se salvará por la verdad y la justicia.

Bismark mostraba su gran talento cuando tendia á la union estrecha entre Prusia é Italia, entre los dos pueblos que han debido á las revoluciones modernas su respectiva unidad. En esto mostraba de una manera indudable, no sólo que sentia donde estaba la fuerza de su patria, sino que conocia tambien donde vive y se agita el espíritu inmortal de nuestro

siglo, que despide la espaciosa frente de esa misteriosísima musa de la historia.

En efecto, las dos naciones se levantan sobre las ruinas de los dos polos de la Edad Media; Italia, sobre las ruinas del Pontificado; Alemania, sobre las ruinas del Imperio: Italia ha quitado á la Roma de la inquisicion su prestigio político en el siglo décimo-nono, Alemania le quitó su prestigio moral en el siglo décimo-sexto; los blasones del escudo de Italia son la soberanía del pueblo, el sufragio universal, y los blasones del escudo de Prusia son la Reforma, la Paz de Westphalia, la filosofía del siglo décimo-octavo; Italia encuentra su fundamento en la razon práctica, y Alemania en la razon teórica de nuestro siglo; ambas en la revolucion.

Luego el haber seguido la escuela de Cavour; el haber copiado su política; el haber comprendido que allí, en aquel ejemplo, estaba el secreto de la grandeza de Alemania, es una prueba más de la grande habilidad de este hombre de Estado que tantas relaciones tiene con Cavour. Ha comprendido que la Alemania del Norte debia regenerar políticamente á la Alemania del Mediodía, como Cavour lo comprendió en Italia; ha preparado la realizacion de este pensamiento en una guerra á él estraña en la guerra de Dinamarca, como Cavour preparó la realizacion del suyo en la guerra de Crimea; ha buscado y conseguido la neutralidad de Francia y la alianza de Italia, como Cavour buscó y encontró la alianza de Francia y la neutralidad de Prusia; ha suprimido cuatro ó cinco reyes feudales, como Cavour suprimió cuatro ó cinco reyes teócratas; ha realizado ya el ideal de la unidad de Alemania, como realizó Cavour el ideal de la unidad de Italia; y ha vencido al Austria, herida ya por la mano del gran estadista de Italia, con todo lo cual, aparte de las imperfecciones naturales en obra de tanta monta, bien puede decirse que ha servido como pocos al espíritu y al progreso de su siglo.

No podia verse con paciencia la continua reconvenccion de los franceses á los alemanes por esta obra suprema. Malo, muy malo, es indudablemente, que Alemania se haya constituido en un imperio militar y absoluto. Pero ¿quién le ha dado el ejemplo á Alemania sino Francia? En 1849 renunció Federico Guillermo IV la corona del Imperio alemán, porque estaba (son sus palabras) «manchada de barro democrático.» A su heredero le ha parecido mucho mejor una corona forjada con bayonetas en el horno candente de una guerra. El movimiento unitario impulsa al Mediodía. Es verdad que Baviera tiene la aspiracion á ser en el Sur lo mismo que Prusia es en el Norte. La religion de sus habitantes, las pretensiones artísticas de su capital, parece como que dan ese destino á la más fuerte de las naciones del Mediodía, despues de la hábil eliminacion del Austria, arrojada ignominiosamente hasta fuera de la gran pátria alemana. Pero las leyes de la gravitacion social se cumplen tan necesariamente como las leyes de la gravitacion física. Todo el mundo creia que la inmensa mole, formada por Prusia, atraeria el resto de Alemania como el Sol atrae los planetas, y los planetas atraen á sus satélites. Todo el mundo creia que Bismark no pasaria á la línea del Mein trazada á su ambicion por el tratado de Praga; pero dejaria que la pasase la Alemania meridional. El rey de Baviera y el rey de Prusia se acababan de ver en Augsburgo, la ciudad de donde salió el símbolo religioso que ha sido la primer carta política de Prusia. El rey de Prusia en Nuremberg recordó los orígenes de su casa; recordó que antes de ser sus abuelos reyes de Prusia fueron electores de Brandeburgo, y antes de ser electores de Brandeburgo fueron burgraves de Nuremberg. Así acalora al Norte y al Sur con las perspectivas de una extraordinaria grandeza en el seno de la unidad. Yo siento en el alma que esta gran causa de la unidad alemana se realice por un imperio militar cuando debiera realizarse por

una república democrática. Pero colocada Alemania entre la hegemonía de Prusia ó la hegemonía de Austria, todo espíritu liberal opta por la hegemonía de Prusia. El Imperio de Austria es el sacro antiguo Imperio, la sombra fatídica de la Edad Media, el enemigo de Guillermo Tell y de Suiza, el carcelero de Italia, el verdugo de Lanuza y de Padilla, que ha estendido su huesosa mano sobre el Atlántico para degollar tambien á los descendientes de los héroes de nuestras libertades en el Nuevo Mundo. El Imperio de Austria debe desaparecer del mapa. Si el movimiento liberal que ahora se nota, movimiento combatido con fuerza por el clero, y aceptado con dificultad por el Emperador, diera resultados, los húngaros reivindicarian su nacionalidad con mayor fuerza, y los alemanes y los eslavos de ese Imperio caótico unirían á sus respectivas razas, mientras el Tirol entraba en el seno de Italia y los verdaderos alemanes del Austria, unidos por tantos lazos á su eterna pátria germánica irían orgullosos á encerrarse en su sagrado seno.

Las dificultades con que choca la obra de la unificacion de los pueblos, se halla manifiesta en Alemania. Despues de la guerra austro-prusiana, Bismark vió su salud quebrantarse abrumada bajo el peso del trabajo. Se necesitan hercúleas fuerzas para sostener esta titánica empresa de las reformas sociales en pugna siempre con preocupaciones muy arraigadas y con intereses muy antiguos. El dia que el primer ministro salió para su retiro, hubo necesidad de llevarlo poco ménos que en brazos: tan debilitado estaba su cuerpo y tan consumido por la calcinacion nacida de las combustiones continuas del pensamiento. Lucha interior, resistencias de los reyes feudales, preparativos para una guerra formidable, enemiga natural de los demócratas en vista de la escasa libertad concedida por las instituciones prusianas; hé aquí los mayores obstáculos á tanta empresa. El último lo hubiera podido vencer el ministro prusiano

siano valiéndose de otra política más en armonía con su siglo. El rey resolvió sin embargo una grande dificultad al presentarse valientemente en Hannover. Este nuevo Estado le es muy contrario, y su antiguo rey no cesa un punto en continuar sus maquinaciones contra la obra de Prusia. La recepción no fué muy brillante y el rey confesó que hay sentimientos muy respetables, cuya manifestación ha visto y cuya intensidad considera; pero que es necesario reprimirlos, templarlos, convirtiendo el pensamiento á considerar y el corazón á amar la gran patria.

Pero de este crecimiento era cómplice, primer cómplice Napoleón, que había imaginado sacar ventajas enormes de la transformación súbita de Alemania. Diga lo que quiera hoy Mr. Rohuer, el Emperador Napoleón miró siempre de muy buen ojo la empresa prusiana, sin prever los resultados de esa empresa, ni presentir los graves obstáculos que debía suscitarle en el interior, ni los puntos negros que debía sembrar en el dosel de su trono. Las entrevistas en Biarritz con Bismark prepararon esa inmensa catástrofe de Austria que el hábil ministro presentaba como una continuación de la política francesa en Italia, como una nueva batalla de Solferino ganada por Francia. El Emperador Napoleón dijo en los críticos momentos de preparación de la guerra, que Prusia estaba muy mal limitada, y que tenía derecho á procurarse mejores y más seguros confines. El príncipe Napoleón fué enviado por el Emperador su primo á Italia para concluir la alianza con Prusia que debía ser la sentencia

de muerte arrojada sobre el Austria. A pesar de las denegaciones de Rohuer, Ollivier, amigo íntimo del príncipe, sostuvo esto con una grande é incontestable insistencia en el Cuerpo Legislativo, siendo su afirmación la definitiva y la última. Pues bien; Bismark contaba lo que sigue, de que todo el mundo hablaba y que nadie se atrevía, sin embargo, á publicar en Francia. Iban ya á encontrarse frente á frente austriacos y prusianos. Bismark le escribe á Goltz, su embajador en París, á fin de que escudriñe las intenciones del gobierno francés y le diga que necesitaba anexionarse después de la victoria, por lo ménos cuatrocientos mil alemanes. Todavía la diplomacia moderna cuenta los pueblos como los propietarios las cabezas de ganado. Goltz se presentó con esta notificación al entonces ministro de Negocios extranjeros, Mr. Drouyn de Lhuys. Este le dice: Prusia no debe acrecentarse ni con un hombre ni con una pulgada de terreno sin suscitar justas desconfianzas en Francia, sin merecer tal vez una amenazadora protesta. Goltz comunica la respuesta á Bismark. Este por toda contestación le telegrafía: «Ved al Emperador.» Goltz se presenta al Emperador y le dice lo mismo que había dicho al ministro: «¿Cuatrocientos mil hombres? responde, eso es poco, que tome ocho millones, que vaya hasta el Mein.»

Y por un resultado en el cual había tenido la primera parte Napoleón, iba á desatar sobre Europa la guerra. ¡Qué perversos, Dios mío, són siempre los tiranos!

CAPITULO LXXVI.

DE LA INCOMPATIBILIDAD ABSOLUTA ENTRE LA LIBERTAD Y EL CESARISMO.

Cuando el Imperio romano concluía, y los bárbaros se acercaban, los últimos emperadores solían gritar: libertad, libertad. Pero el pueblo romano, embrutecido por cinco siglos de servidumbre, falto de conciencia, olvidado en su abyección de la grandeza de sus instituciones antiguas, de la majestad de sus leyes, de la sombra de sus tribunales; sin ver ni á Bruto ni á Casio pasearse sobre las ruinas de la República en busca de venganza, ni á Catón morir sobre los altares de la patria, apenas comprendía el sentido de esa palabra, por la cual han peleado los héroes, y han muerto los mártires; y cambiaba de dueños con estúpida indiferencia.

Pero si el Cesarismo antiguo consiguió extirpar la idea de libertad en el pueblo romano, el moderno Cesarismo no lo consiguió en el pueblo francés. Todos conservaban vivo el recuerdo de la República, y viva también la idea de la libertad. Pero por lo mismo que conservaban idea y recuerdo, no querían nada con el César. Éste, después de haber hecho de la libertad su víctima, cuando la veía er-

guirse, levantarse, trataba de convertir la libertad en su manceba. Y la libertad no quería ceder, casta esposa del espíritu humano, á las caricias del que un día creyó posible perderla y deshonrarla, entregándola maniatada á las infames brutalidades de sus pretorianos. El emperador, que había abusado de la idea de orden y de autoridad, cuando la opinión pública estaba cansada de los excesos revolucionarios, abusaba también de la idea de libertad, cuando la opinión pública se volvía unánime hácia la realización práctica de la democracia, hácia la victoria del derecho.

Habíase convencido de que la inmovilidad era peligrosa para su Imperio y renunciaba á la inmovilidad. Desde el 19 de Enero de 1867 se proponía rematar el edificio levantado el día 2 de Diciembre sobre la disolución de la Asamblea y la ruina de la República. El emperador confesaba que este edificio sólo podía tener una base, la voluntad nacional; y sólo podía tener una cúspide, la libertad. Bien es verdad que después